

# EL AGUA Y LA PALABRA

## Antología de Relatos. II

La memoria navegable  
(Fragmentos)

---

RAFAEL GUILLÉN

La Tita Filomena

---

FRANCISCO GIL CRAVIOTTO

Días de lluvia

La casona

---

MARILUZ ESCRIBANO PUEO



# La memoria navegable

(Fragmentos)

---

RAFAEL GUILLÉN

**M**UCHOS SON LOS RÍOS por los que mi vida va dando en el mar, que será el morir, amén de ser un río ella misma (no hay por qué contradecir a Jorge Manrique). Entre todos ellos, nadie lo dude, el río de mi vida es el Darro –Dauro para los románticos–. A él se asoma la Alhambra dicen que para mirarse, y es de admirar la coqueta contumacia de tan regia dama porque, en sus mejores días –riadas aparte– el Darro apenas lleva unos escasos bueyes de agua. ¡Ah, mi pequeño río Darro! ¡Mi río de bolsillo! Y digo que es el mío no sólo por granadinismo –por la misma razón lo sería el Genil– sino porque son muchos los años vividos viendo salir el sol por su cabecera, tras los montes que así se llaman: del Sol, y asistiendo al paso de las horas en mi azotea del Albaycín que, como se sabe, moja sus pies en tan exigua corriente.

No conozco umbría más deleitosa, huertas más feraces, cármenes más recoletos que los del estrecho valle del Darro, encajado entre las cuevas gitanas, abadía del Sacromonte al fondo, y, enfrente, el ganivetiano camino de la fuente del Avellano, que se prolonga en estrecha placidez hasta

el paraje de Jesús del Valle. Es una gloria para los amantes de lo mínimo. Porque no existe río menos caudaloso y más corto –apenas veintidós kilómetros desde su nacimiento hasta su desembocadura– que haya sido más cantado por poetas, citado por historiadores, idealizado por pintores, reproducido por románticos grabadores y atesorado en sus cámaras fotográficas por americanos desangelados y presurosos japoneses.

El Genil, que recibe sus aguas en las mismas calles de Granada, es ya un río como de familia más acomodada. Su alcurnia se remonta a las nieves de Sierra Nevada y sus márgenes saben de regatos y desfiladeros, de alamedas y sembradíos, de villas y ciudades. También es mi río; pero no el río de diario, sino un río más bien de domingo y fiestas de guardar.

La vida, que es redonda como el mundo y también algo achatada por los polos, me ha hecho rodar por los cauces de otros muchos ríos, de algunos de los cuales quisiera dar cuenta aquí, no por dejar constancia de su desigual belleza, que maldita la falta que les hace, sino por pagarles a mi pobre manera las horas de intensa vida que dicha belleza me ha deparado.

Hecho a los pequeños ríos granadinos, por los que en palabras lorquianas sólo reman los suspiros, se comprenderá que afirme que, según mi experiencia, el río Paraná no existe. Porque un río, según mis provincianas entendederas, es un curso de agua, a veces sin agua, con dos orillas, una a la izquierda y otra a la derecha. Así que cuando me dijeron: “este es el río Paraná”; yo, que me encontraba en una playa del barrio Norte de Buenos Aires, sólo veía el mar, aunque algo turbio, eso sí. Y cuando me dijeron “y allí enfrente está Montevideo;” pues yo sólo veía un horizonte de agua como todos los horizontes.

Y como no quiero equivocarme, como les ocurrió a los navegantes portugueses cuando descubrieron Río de Janeiro, que dijeron: “hermoso río, ¡qué singular desembocadura!, le llamaremos Río de Enero” y resultó que no, que aquello no era un río, me reafirmo en lo dicho: por lo que yo he visto, el río Paraná no existe.

Otra cosa es el río Mekong, por ejemplo; ese río sí existe. No sólo por las terribles historias de guerra que constatan tristemente su existencia, sino porque, surcando sus aguas color café con leche corto de café, he pa-

sado entre Laos, Birmania (ahora Myanmar) y Tailandia, países de los que es frontera natural en el llamado Triángulo de Oro, y puedo dar fe de que los elefantes que salían de darse un baño estaban completamente mojados. Y llegaba la jungla a sus mismas orillas, lujuriosa y salvaje, y un rumor de pájaros y extraños gritos y sonidos sobrevolaban nuestra estrecha embarcación. Y tenía sus afluentes, también navegables, uno de los cuales remonté en busca de algunas tribus primitivas, comprobando, por cierto, que, para comodidad de nativos y desesperación de etnólogos, aventureros y curiosos en general, aun en medio de los viejos ritos y costumbres, el plástico va invadiendo el corazón de Asia.

También existe el Rin, aunque no estoy muy seguro, pues los vinos de sus riberas, generosamente escanciados durante la travesía, entre Maguncia y Colonia, bien pudieran haberme trastornado el juicio y haberme hecho ver más agua y más color y más pueblecitos y castillos recortables de los que en realidad se suceden a lo largo del sereno y verdeante curso.

¿Y el río San Lorenzo? Lo fui siguiendo desde el lago Ontario y por Montreal continuaba pareciéndome un río. Fue en Quebec en donde empezaron a asaltarme las dudas. Proseguí hacia arriba –hacia arriba según el mapa, porque el río iba hacia abajo– y lo seguían llamando río cuando ya las mareas se dejaban sentir en sus orillas y el agua comenzaba a ser salada. ¿Cuándo deja de ser río y empieza a ser golfo? Ni allí mismo lo saben. Ni los mapas lo saben, pues ya con agua progresivamente salada y cada vez más ancho continúa cientos de kilómetros. Nos embarcamos en Tadoussac, todavía sin saber si aquello era el río San Lorenzo o el golfo San Lorenzo, intentando avistar alguna de las ballenas que allí buscan refugio al final del verano. Sólo avistamos una en toda la mañana –la que después salió por popa podía ser la misma–, pero fue emocionante.

Con el río Iguazú no hay duda. La única duda sería, en todo caso, si en aquel momento me hallaba en aguas argentinas o brasileñas. La travesía fue breve, pues sólo se trataba de alcanzar la pasarela, rota en algunos tramos, que se encamina hacia el borde de las cataratas y se asoma a la misma Garganta del Diablo. En aquella ocasión sí era yo consciente de

la situación y puedo atestiguar que verse zarandeado por la corriente en una canoa, empapado por el vaho que asciende de las profundidades y ensordecido por el fragor de aquella inmensidad de agua despeñándose a escasos metros, disipaba toda duda. Aquello era real.

Y el Huangpu, que divide la ciudad de Shanghai ya cerca de su desembocadura. Lástima que, salvo en Hong Kong, donde siguen siendo vivienda habitual, los juncos y los sampanes hayan casi desaparecido de puertos y bahías. Lástima, digo, para los buscadores de estampas exóticas, que no para los fletantes, cargadores y pescadores, a los que el progreso ha suavizado sus condiciones de vida. Aquella tarde, sólo grandes barcos que cargaban y descargaban sus mercancías en los muelles pasaban fantasmales ante nuestra vista, mientras nos cruzábamos con algún remolcador o con alguna gabarra que se deslizaba silenciosa por el brillo del ocaso.

Y el Volga, ¡ah, el Volga! Parece fluir a través de la eternidad. Ese sí que es uno de los ríos de mi vida. Oír de nuevo aquellas viejas canciones de sus remeros, cuyas graves y conjuntadas voces acunaron mi adolescencia, mientras el barco se desliza indolente por la mansedumbre de sus aguas, es adentrarse en los dominios de una paz que está fuera del tiempo, una paz que no precisa de nuestros avatares para existir. La luz lechosa y tenue que nos venía acompañando desde el canal que lo une con Moscú, era ya un presagio de las nieves próximas. Por ambas riberas discurría un paisaje verde oscuro poblado de abedules, encinas y seculares abetos, en el que el humo delataba la presencia de alguna *dasha* semioculta entre la vegetación.

Y ¿por qué este pasar de un río a otro –se preguntará el lector, algo mareado ya– sin dejarnos reposar en uno solo de los muchos parajes cuya belleza apenas se insinúa? Pues porque, aunque así lo parezca, el tema no son los ríos: el tema es el tiempo. Aquí los ríos son un pretexto para hablar de algunos instantes. Y los instantes, como su propio nombre indica, son instantáneos, y no dan lugar a reposo alguno, sino que estallan y desaparecen. Y tal como a mí me estallaron en la mente y en el corazón, así quisiera yo transmitirlo.

El tiempo. ¿Cómo se mide el tiempo en Benarés, a la orilla del Ganges? Ya de noche, subimos a una pequeña barca de remos, dejándonos llevar

por la mansa y caudalosa corriente. A nuestro alrededor flotaban las flores y las luces de las lamparitas votivas que los deudos dejaban en el agua en memoria de sus muertos, cuyas cenizas se deslizaban igualmente río abajo. Desde las escalinatas que bajan hasta el río –los *ghats* se prolongan a lo largo de más de dos kilómetros–, nos llegaba el murmullo de voces y de rezos de la multitud, más densa en torno a las piras funerarias. No existe otro lugar en el mundo donde la muerte sea tan natural y cotidiana, tan parte de la vida misma. Se percibe como lo que es, como una continuación, como un acto más – y no el más importante– de los que jalonan la existencia.

¿Y el Río di Palazzo? Ya sé que a Venecia se la conoce como la ciudad de los canales, pero son los mismos venecianos los que llaman ríos a sus canales, si exceptuamos los más caudalosos. La primera instantánea en mi recuerdo de esta ciudad de tan monumentales e inigualables tesoros, refiriéndome sólo a su aspecto navegable, no me sitúa en el Canal Grande. Esto sería lo lógico; pero mis emociones son algo más complicadas.

El ajeteo de los *vaporettos* y las lanchas motoras que pululan por los grandes canales, siempre me llevó a refugiarme en los ríos. De ahí que sea ese mi primer recuerdo navegable de Venecia. Entrar con la góndola por el puente de la Paja en el Río di Palazzo y deslizarse sigilosamente bajo el puente de los Suspiros, para llegar al corazón de la ciudad, a sus más íntimos rincones, es trasladarse a un fastuoso y mísero otro tiempo que permanece allí agazapado entre el verdín de los muros húmedos.

Flotando siempre entre el clásico ser o no ser, entre lo irreal y lo real, he de decir que no he conocido luz más real e hiriente que la que se abatía en aquella otra mañana sobre los canales del Chao Phraya, en los alrededores de Bangkok. La estrecha canoa con motor fuera borda surcaba con estruendo la estrechura de unas aguas moteadas de plantas acuáticas, matojos y hojas desprendidas de la fronda que casi abovedaba el canal. A ambas orillas se sucedían dispersas las elementales casas de madera tailandesas, sustentadas en pilotes sobre el terreno empantanado. En sus escalinatas, que descendían hasta la corriente, las mujeres lavaban la ropa o limpiaban platos y cacerolas, mientras vigilaban a los niños que correteaban semidesnudos.

La llegada al mercado flotante nos golpeó de pronto con la dura y esplendorosa palpitación del sudeste asiático. Desde una multitud de cañoas, apretujadas y bamboleantes, se comerciaba con las más variadas mercancías: frutas exóticas, pescados, verduras, ropa, bebidas, utensilios de toda índole. Desde algunas, a modo de comedor ambulante, se ofrecían humeantes guisos y frituras que se cocinaban en la misma embarcación. Difícil sería determinar si el abigarrado colorido se debía a la exuberancia de los frutos, al entorno selvático o a la vestimenta de los lugareños. Eran colores nítidos, a los que la claridad de la mañana ponía brillos y reflejos.

Se agolpan los recuerdos, se cruzan, se superponen y la memoria, lo que de ella me queda, se las ve y se las desea para poner un mínimo orden en tan fluido desconcierto.

¿Y el Nilo? ¡Ah, un atardecer navegando por el Nilo! Ver ponerse el sol rojo entre los palmerales de la orilla, oír el silencio de la mansa corriente, saborear la humedad milagrosa que, en medio del desierto, se desprende de las aguas, y un muecín lejano, y la silueta de un templo roto, y algún pájaro, y la vela de una falúa que se recorta contra la luz cobriza... son todos elementos que componen esa estampa que, por su singularidad, la fama y la divulgación han hecho tópica. Pero ¿qué es el tópico sino una verdad que, de tan repetida –de tan verdadera–, se ha hecho trivial? Y ¿qué es la irrealidad sino una realidad que sobrepasa sus propios límites?

Espero se comprenda al menos mi juvenil entusiasmo, si es que no consigo transmitirlo; cosa improbable tal transmisión teniendo en cuenta la también tópica diferencia entre lo vivo y lo pintado –en este caso, descrito–. Pero en fin, en ello estamos. Sigamos con la cantilena.

He navegado por el Dniéper, partiendo de Kiev, hasta su desembocadura en el mar Negro, cerca de Odessa. Desde los monasterios y las doradas cúpulas de las iglesias de la bella capital de Ucrania, fueron días y días serenos río abajo, entre verdes orillas que a veces se alejan hasta perderse de vista y sólo un acto de fe puede hacernos tomar conciencia de que no estamos en mar abierto. Me he adentrado por sus meandros, paseado en barca por los estrechos canales orillados por plantas acuáticas, rozado por las ramas de los árboles que se inclinan sobre la casi inexistente co-

riente. Huertas perdidas en la vegetación salvaje. Pequeñas granjas cuyas viviendas asoman tímidamente ventanas y tejados. Minúsculos aunque vitales embarcaderos en aquel dédalo de islotes entre los brazos del río. De vuelta al brazo principal, la llegada al mar Negro es una orgía de saltos y de olas, tras tantos días de morosa calma.

Recuerdo también una travesía por el río Chavón. Es bastante más caudaloso de lo que cabría esperar de su discurrir por una isla, por grande que ésta sea. Dicha isla es La Española y el río pertenece a la República Dominicana.

Una de las causas por las que decidí volver a China fue la de poder navegar por el río Li. Navegar por el río Li, es navegar por el misterio. Innumerables montes se suceden en planos superpuestos como las jorbas de un ejército de gigantescos dromedarios que, a ambos márgenes, contemplan curiosos nuestro minúsculo discurrir. Una intensa bruma envuelve la espesa y oscura vegetación que los tapiza hasta la cima. La mansedumbre de la caudalosa corriente duplica, invertidas, sus alargadas imágenes fantasmales, produciendo la sensación de que el barco va a ser triturado entre los dientes de un descomunal endriago. Y es también navegar por uno de esos cuadros con los que China ha alimentado la imaginación de occidente durante siglos. Cada curva del río, que contornea y se entremete por las faldas de aquellos montes inverosímiles, depara una sorpresa que, a la vez, pone vida en el paisaje que el lienzo representa: el pescador solitario en su estrecha barquichuela, la manada de blancos patos salvajes jugueteando en un remanso, la estampa ribereña de un quehacer doméstico a la puerta de la solitaria casa de campo. Una calma inquietante hace más larga la mañana.

Una calma parecida a la del río Svir que, a muchos miles de kilómetros de distancia, podría entrar en constante contradicción con el Li, si los ríos se entretuviesen en tales minucias. En el norte de Rusia, entre los lagos Onega y Ladoga, el Svir es un silencio navegable. Es la soledad en su dimensión más sobrecogedora. No hay montes que distraigan la mirada y la tundra helada es una continuación de sus aguas que se extiende hasta la lejana línea circular del horizonte. No es su corriente caudalosa. Avanza despacio el barco entre bajíos y bancos de arena y sabemos que el tiempo

se ha detenido y que la soledad es un vórtice que nos absorbe. Así como no existe una línea definida que divida el agua de la tierra, tampoco la hay entre la tierra y el cielo. Se tiene la certeza de que cielo, agua y tierra serán un solo bloque helado cuando avance el invierno.

Los ríos de mi vida. Son muchos y los amo porque en ella han puesto horas de sosiego, paréntesis de calma, han puesto bucólicas orillas a lo extenso, a veces, de mi desolación. Horas o minutos o instantes. Largos paseos por las aguas del Moldava, absorto ante la suntuosa belleza de Praga. ¡Ah, deslizarse bajo los puentes del Sena, entre el verdín de las piedras históricas de la Ciudad Luz! ¿Cómo medir el tiempo viendo discurrir el Arno desde el Lugarno Acciaioli? Enfrente, San Jacopo, el *palazzo* Frescobaldi y el Capponi y, al fondo, el Ponte Vecchio. Momentos de felicidad junto al adusto Támesis o a la vera del Tiber cristiano o del fértil Danubio o del encastillado Loira. Demorada noche blanca por la margen izquierda del Neva, contando las columnas de la fachada del Ermitage. Madrugada en la orilla del Vístula, perseguido por Cracovia y Varsovia, midiendo en lentos pasos la íntima belleza de Torun. Pisadas hojas caídas a lo largo del parque del Potomac, mientras el otoño se cernía con tintes dorados y rojizos sobre Washington. Imborrable memoria navegable que me devuelve a un día de niebla y frío en Nanjing, viendo pasar el Yangtsé bajo su puente faraónico, o a un moroso paseo en Cantón, por una de las márgenes del Río de las Perlas, entre los iluminados puentes Haizhu y Haiyin.

Nuestras vidas son los ríos, no sólo en un sentido metafórico. ¿Quién no tiene un río en su infancia? ¿De quién no forma un río parte de su existencia? Si hacemos memoria, como yo aquí he pretendido hacerla, se nos poblará el cansancio de los años de regatos y cascadas, de juncos y arboledas, de remansos y rápidos, de orillas donde quedaron varados nuestros días más hermosos, de corrientes que, aunque nos lleven al mar, sí, que es el morir, también nos han ensanchado la vida. Porque no hay que caer en el error de medir la vida sólo por su longitud; también hay que medirla por su anchura.

# La Tita Filomena

---

FRANCISCO GIL CRAVIOTTO

“Un aroma de nardos y claveles”.

ANTONIO MACHADO.

**T**ENÍA NOMBRE de ave canora y era pequeña y frágil como una flor. Vivía en una casa grande, entre macetas y silencio, sin más compañía que la del ama de llaves –María–, ama de leche antaño, que, por lo que decían en el pueblo, la quería como a la niña de sus ojos. Algunas veces, cuando mi madre iba a su casa de visita, me llevaba a mí también.

–Ven, hijo, –me decía– que vamos a ver a la tita Filomena.

A mí me gustaba aquella casa silenciosa y un poco en penumbra en la que casi todos los días, a la caída de la tarde, sonaban las notas melancólicas de un piano. Se oía muy bien desde la terraza de mi abuela. A veces, lejano y nostálgico, lo oía también desde otros lugares del pueblo. Casi parecía imposible, viéndola tocar, que aquellas manos tan pequeñas, tan finas y blancas de la tita Filomena, pudieran moverse a ese ritmo y producir esos sonidos tan hermosos y tristes.

Recuerdo que llegábamos al portal de la casa –siempre fresco y umbrío en verano–, mi madre tiraba del pulsador, se oía allá dentro un alegre y juguetón campanilleo y luego una voz que preguntaba:

–¿Quién es?

–Paz.

El ama nos abría la puerta y entrábamos en aquel paraíso de penumbra y silencio. Tras los saludos de rigor, ellas se quedaban dentro hablando de sus cosas –el punto, el ganchillo, los guisos y dulces– y a mí me dejaban semiabandonado y atónito en medio de la libertad del huerto. Era maravilloso el huerto de la tita Filomena. ¡Qué diferencia con el nuestro, siempre sediento y calcinado por el sol! Muchas ves yo había hecho la eterna pregunta:

–¿Por qué no tenemos nosotros flores y plantas como la tita Filomena?

La respuesta de mi madre siempre fue la misma:

–¡Ay, hijo, porque ella tiene un pozo.

¡Un pozo! Era tanto como decir el milagro del agua, el precioso líquido tan deseado y raro en nuestras abrasadas tierras andaluzas. El pozo y las manos del ama habían hecho posible aquel pequeño vergel de la tita Filomena.

Precedía al huerto una especie de patio o callejón umbrío, por todas partes lleno de flores y macetas –macetas en el suelo y macetas por las paredes, cubierto en los días exuberantes de primavera, por el toldo que formaban los racimos –siempre llegaban un poco antes que las hojas– de unas flores perfumadas y hermosas que llamaban glicinias; había luego, uno, dos, tres... ¿cuántos eran?, varios escalones y después se abría el huerto con sus almendros, sus frutales, su limonero y hasta dos olivos, pequeñitos y casi iguales; pero lo mejor de todo era una palmera, tan alta y tan vieja, que servía de cobijo a todos los gorriones del barrio. Muy cerca de la palmera, protegido con su cerrojo y su puerta, estaba el pozo. El ama me lo había enseñado alguna vez. Recuerdo que descorría el cerrojo, abría la puerta y, cogiéndome muy fuerte de las axilas, me subía hasta el brocal.

–Mira para abajo. –me decía.

Miraba yo hacia abajo, lanzaba las tres o cuatro chinas que ella me iba pasando, veía algo que se movía en el fondo, oía un leve y misterioso chasquido, que el eco de las paredes aumentaba y repetía –¡choooc, choooc,

choooc!– y un escalofrío –profundidad, misterio, miedo– me recorría el cuerpo. Me dejaba ella en el suelo, tiraba de la soga, y, al momento, aparecía el cubo lleno de agua, transparente y fresca.

–Ven, que me vas a ayudar a regar.

¡Cómo se sentía dichosa aquella mujer en medio de las plantas. ¡Con qué mimo las regaba y protegía! ¡Qué bien las conocía!

–A ver... ¿Sabes qué planta es esa?

–No lo sé.

–Galán de noche.

–¿Galán de noche?

–Sí, porque sólo tiene perfume por la noche.

–Y ésa, ¿cómo se llama?

–Encuerona. ¿Sabes por qué?

–Porque, cuando nace la flor no tiene hojas y está en cueros.

–Los almendros tampoco tienen hojas.

–Sí, pero los almendros son árboles.

Siempre quedaba alguna planta ignorada. alguna maravilla oculta, en aquel huerto silencioso y tranquilo que sólo perturbaba, a la caída de la tarde, el griterío incesante de los gorriones. Se ponía el sol, cesaba de oírse el piano y, poco después, aparecían mi madre y la tita Filomena en el huerto.

–Que nos vamos, hijo.

La tita Filomena me daba un beso, el ama me daba otro beso; yo también las besaba a ellas. Así una vez y otra vez, un día y otro día. Hasta que al fin una tarde ocurrió lo que tenía que ocurrir: mi madre y la tita Filomena se pusieron a hablar de sus cosas, yo me salí al huerto y me puse a ayudarle al ama a regar. Era una tarde de finales de verano y el huerto, tras el asedio terrible del estío, renacía con una inusitada belleza. De nuevo había rosas, las margaritas estaban en todo su esplendor, la albahaca se había llenado de unas florecitas diminutas y blancas y hasta las glicinias, aquí y allí, ofrecían el regalo de sus leves y perfumados racimos. Pero lo mejor de todo era aquella flor, blanca y sensual, carnosa y lúbrica, de un perfume tan intenso y pegajoso, que casi trastornaba al olerla: el nardo. ¡Qué maravilla

de flor! ¡Qué hermosura de ramas florecidas, blancas y suntuosas, como pequeñas estrellas perfumadas!

Habíamos terminado ya no sé cuantos cubos de agua, pero aún quedaban unas pocas macetas por regar. El ama se fue a llenar el último cubo y yo me quedé solo al lado de aquella planta embriagadora y única. Era ya esa hora intermedia que llaman entre dos luces y, con las sombras del atardecer, aquellas leves estrellas vegetales aún parecían más blancas y sensitivas... Yo no sé qué ángel, duende, diablo o lo que fuera, me empujó la mano hasta la maceta. ¡Fue todo tan rápido! Lo cierto es que, cuando el ama volvió con su cubo de agua, una de aquellas flores ya estaba en mi bolsillo.

Justo en aquel preciso momento aparecieron mi madre y la tita Filomena en el umbral de la puerta.

–Que nos vamos, hijo.

Me despedí como si nada hubiera pasado y, cogido de la mano de mi madre, salí a la calle. ¡Qué largo se me hizo aquel día el breve espacio que separaba las dos casas! Para colmo mi madre se paró en el trayecto dos o tres veces con varias personas que la saludaban preguntándole por la familia y otros pormenores. Pero al fin llegamos. ¡Con qué premura pasé el quicio de la puerta y me escabullí a la primera ocasión. En cuanto me quedé solo saqué mi tesoro del bolsillo y, avariento de su hermosura, me puse a contemplarlo...

¡Qué maravilla! Era como si el lucero de la tarde, cargado de perfumes, se me hubiera quedado prendido en las manos. Yo no sé si aquello fue un minuto de arrobó o un siglo, sólo sé que una voz me volvió a la realidad.

–¿Quién te ha dado esa flor, hijo?

Seria, con la mirada clavada en el nardo, mi madre estaba delante de mí. Yo ni la había visto.

–¿Quién te ha dado esa flor?–. Oí que me preguntaba por segunda vez. Sin saber qué responder noté que la sangre me subía a la cabeza, a las orejas, a la cara.

–No ha sido la tita Filomena, ¿verdad?

–No.– me atreví a balbucear.

–Tampoco ha sido María, ¿verdad?

–Tampoco.

–Entonces, –concluyó–, la única explicación es que tú la has robado.

Si en aquel momento la tierra se hubiera abierto a mis pies y me hubiera tragado creo que se lo habría agradecido de todo corazón.

–La has robado, ¿verdad?

Era imposible negar la evidencia. ¿De qué hubiera servido? En mi mano estaba la prueba irrefutable: el nardo.

–Sí, –dije al fin.

Me cogió de la mano y abrió despacio la puerta.

–Ven. Vamos a devolver lo que no es tuyo.

Echamos a andar calle adelante. Ya había oscurecido. Tras un ocaso de grana la noche había cerrado completamente. Esto me consolaba un poco: así, por lo menos, la gente que se cruzaba conmigo no podría ver mi cara humillada y culpable.

–¿Por qué lo has hecho?– me preguntó.

–No sé.

–¿Te gustaba, eh?

–Sí.

–A mí también, pero eso no es motivo para coger lo que no es nuestro y estropear una planta. ¿Has pensado en el mal rato que se habrá llevado la tita Filomena al ver cómo le has dejado la maceta?

Tragué saliva sin responder. El nardo empezaba a quemarme los ojos entresijos de la conciencia.

–¿Sabes que las plantas también sienten?

–No, no lo sabía.

–Ahora le estará doliendo como si a ti te hubieran cortado un dedo. ¿Te gustaría que llegara alguien a casa y, cuando estás más tranquilo, te cortara un dedo?

Callé de nuevo, sin saber qué responder.

–¿Te gustaría?– volvió ella a insistir.

–¡No!– tuve que admitir al fin.

Todo aquello era verdad, dolorosamente verdad, yo no tenía ni un solo argumento a mi favor. El único problema era que aquellas verdades me

llegaban tarde, irremisiblemente tarde : era imposible dar marcha atrás al tiempo y corregir mi error.

En aquel momento entrábamos en el portal. Llamó a la puerta...

–¿Quién es?

–Paz.

Y de nuevo otra vez:

–¿Quién es?

–Paz.

Abrió el ama y, tanto ella como la tita Filomena, las dos creían que se nos había olvidado algo, o acaso que alguien se había puesto malo.

–No, –aclaró mi madre– es el niño.

–¿Qué le pasa?

–Se ha llevado algo que no es suyo y viene a devolverlo.

Saqué del bolsillo el nardo y, rojo y temblando de vergüenza, se lo entregué a la tita Filomena. Ella se quedó tan sorprendida que ni sabía qué hacer ni decir. No había notado nada. El ama sí había notado la ausencia de la flor, pero no le había dado importancia. En aquella situación la una y la otra dijeron que me lo regalaban con mucho gusto, que no merecía la pena pasar un mal rato por una cosa tan pequeña y otras razones similares o parecidas. Tanto insistieron las dos que al fin mi madre accedió:

–Tómalo.– me dijo.

Tomé de nuevo la flor, nos despedimos por segunda vez y volvimos a casa. Cuando me sentí solo y a mis anchas me fui al huerto y, a tientas, busqué el agujero donde yo solía esconder mis tesoros –algunos guijarros de formas extrañas, varias cajas vacías, una cuchilla de afeitar, el émbolo de una jeringa y otras joyas parecidas– y, como el avaro que esconde su fortuna, dejé allí lo mejor de cuanto poseía: el nardo.

Es fácil imaginar mi sorpresa cuando a la mañana siguiente, después de saltar de la cama, llegué al agujero y, en lugar del nardo, me encontré con aquella bolita, ajada y blancuzca, sin apenas olor, que las hormigas de los alrededores ya habían comenzado a devorar...

# Días de lluvia

---

MARILUZ ESCRIBANO PUEO

COMO EL QUE NO quiere la cosa, a finales del mes de agosto de 1928, empezaron a formarse grandes nublós en el cielo que se levantaba sobre las pequeñas casas de adobe y siena arracimadas en torno a la iglesia románica, de tal manera que sobre los valles y los páramos y las grandes extensiones cereálicas del pueblo, ya en barbecho, empezó a extenderse una luz blanquecina, tendiendo a grisácea, que aceleró impetuosamente los últimos trabajos de la recolección. Los hombres apresuraron las labores de las eras, agotaron a las caballerías hasta que alguna cayó reventada en el acarreo interminable, acabaron de separar el trigo de la paja de las parvas, beldando a contraviento y con prisas, llenaron los pajares y las paneras en un incesante trabajo que duró ocho días con sus noches, dejando a la gente maltrecha y dolorida, con heridas en las manos y los pies, y cuando acabaron los trabajos y quedaron guardados todos los aperos empezaron a encrespase las nubes por los oteros y comenzaron así los días de la lluvia interminable que no cesaría en los siguientes ocho meses. Los niños que nacieron en ese periodo de tiempo lo hicieron con

la piel verde y los ojos saltones y unas extremidades desmesuradas, de tal manera que las madres, asustadas, se comunicaban la mala nueva de ventana a ventana y recomendaban remedios y pócimas que resultaron, por otra parte, completamente inútiles. Terminaron por confiar en que, con la edad, tal anomalía fuera desapareciendo aunque los niños siguieran siendo nombrados como “hijos de los días de la lluvia” para que nadie, en el futuro, olvidara la desventura a la que fue sometido el pueblo y sus habitantes.

Ni de día ni de noche cesaron de descender las aguas desde los cielos torvos, de tal manera que las mañanas eran oscuras y las tardes cerradas y negras, y las gentes terminaron cansándose de mirar al cielo y escudriñar los horizontes del poniente que es por donde entraban, incansables y velocísimas, las nubes negras. Los habitantes de la comarca perdieron toda esperanza de que la climatología se normalizara cuando contemplaron los cienos y los lodos que bajaban en tromba desde los páramos, dejándolos en pura y descarnada roca, arrancando la tierra fértil de los campos, allí donde se producían los mejores y más altos trigos esos que, habitualmente y en tiempos de bonanza, llenaban las paneras de blanca harina y colmaban las trojes que alimentaban al ganado.

Nadie se atrevía a cruzar los ríos en que se habían convertido las calles, atravesar las fronteras que marcaban las aguas. Los hombres, las mujeres y los niños miraban la lluvia implacable e incesante a través de las ventanas y rebuscaban en las despensas restos de alimentos con los que cubrir las necesidades del día. Hasta las gallinas habían abandonado el corral y los ponederos habituales y se conformaban con transitar por el gallinero alto, enloquecidas por el encierro. Las bodegas de la casa también se inundaron y salieron a flote las botellas de vino tostado que el abuelo había enterrado hacía cincuenta años. Se inutilizaron los hornos, de tal manera que no podía elaborarse el pan, y las tenadas se convirtieron en lagos de los que hubo que sacar a las ovejas para que no se ahogaran en aquel naufragio intempestivo.

Un mundo de humedades y algas se instaló en todas las casas. Los zapatos y las ropas amanecían chorreantes, las mantas y las sábanas escurrían agua al anochecer y en los armarios y las cómodas se fue formando una costra verde y apestosa sobre vestidos y objetos. No había un lugar en las casas en el que huir de la herrumbre del agua, ni pudieron encenderse las estufas ni las “glorias” porque toda la paja se encontraba mojada.

El tiempo de la recogida de la uva pasó, y los majuelos siguieron desaparecidos bajo las aguas. Ese año las carrales permanecerían secas e inundados los caminos de las bodegas y las bodegas mismas.

Las familias se refugiaron en los pisos altos, improvisaron trébedes en los dormitorios para poder guisar la poca comida que conseguían, casi siempre gachas de harina salvada milagrosamente de las aguas, y miraron cómo su mundo se destruía y una segunda piel de agua se adhería a todo aquello que tocaban. Y de la misma manera que pasó el tiempo de vendimias sin actividad alguna, llegó el otoño que no tuvo los colores habituales del paisaje, escondidos los dorados y amarillos bajo la cortina del agua, y los hombres miraban impotentes los arados y maldecían la inactividad a que los sometían los cielos. Peligraba el pan del año siguiente.

Hasta que no amaneció abril no amainó la tragedia de la lluvia. Empezaron a abrirse claros en el cielo, y un sol débil y enfermizo tropezó en los adobes y en las piedras, secó ligeramente el ambiente de las casas y permitió la llegada de la cigüeña a lo alto del campanario. El cura pudo reanudar sus misas y sus rosarios y la campana de la iglesia convocó de nuevo a los feligreses. Y, sin embargo, ninguna faena podía hacerse en los campos, todavía rezumantes, ni tampoco pensar en las siembras tardías pues todo el paisaje era un lodazal del que se desprendía el humillo de la evaporación.

Todo pareció volver a la normalidad, pero era más apariencia que otra cosa. Los hombres, quietos y desalentados, miraban las grandes extensiones de un agua que corría, todavía, buscando los cauces del Pisuerga.

Cuando Maríaremica, la recovera, se decidió a envolverse en su mániton negro para hacer su trabajo habitual, se encontró con que en las casas sólo le ofrecían cestos de huevos florecidos, de un color verde intenso y

suaves y resbaladizos al tacto. Los miró con detenimiento, los agitó junto a su oreja y dictaminó que la mitad estaban podridos y que, por consiguiente, no había trato posible. Y se perdió en la noche, envuelta en los velos negros, cuando todavía quedaba un resto de resol en la línea de poniente del horizonte y el viento ululaba y danzaba de chimenea en chimenea.

Y así fue, y así lo he contado y lo contaré cuantas veces sea necesario para que guardéis en la memoria lo que puede suceder, en cualquier momento, si los cielos disponen que los arroyos se desborden y que Dios se olvide de la misericordia.

## La Casona

CUANDO MI TÍA ANGÉLICA se quedó ciega, cosa que fue algo que sucedió progresivamente, y le fue imposible seguir con la dirección de la casa de labor que circulaba alrededor de ella y de sus enérgicas decisiones, la casona de mi abuelo, con sus corralizas, sus pajares y tenadas, las cuadras de los ganados y el huerto anexo, empezó a declinar con una lentitud de lluvia, año tras año, hasta dejar en la retina de todos nosotros una situación de pobreza, precariedad y desorden. Esta situación empezó a producirse de una manera casi imperceptible al principio. Pequeños indicios nos hicieron sospechar que en la tía Angelines algo estaba cambiando: en la cocina palpaba los pucheros, las cacerolas, la alcuza del aceite, el garrafón del vinagre, los panes de la artesa y tenía un ademán dubitativo cuando tenía que utilizar las espumaderas, los cucharones o los cuchillos. Estos últimos, sobre todo: hasta que no tanteaba el acero del filo cortante, no lo hundía en la carne blanda de los capones o el pan. Sus gestos empezaron a segregar la angustia de la indecisión y el titubeo era continuo al bajar los escalones de la bodega, allí donde se guardaban en la penumbra ceniza, enterradas, las exquisitas botellas lacradas de vinos cosechados por el bisabuelo Florencio. Además, en un periodo muy corto de tiempo, un velo gris descendió sobre su cabeza cubriendo de canas su hermoso pelo negro. Fue cuestión de horas: un día, cuando se levantó para acudir a misa pequeña y se miró al espejo del aguamanil, apenas reconoció una cara que hasta el día anterior había pertenecido a una persona en la edad madura. Fue así como comenzó su deterioro físico y el declive general de la casona en la que se notaba el desgaste implacable del tiempo, la suciedad acumulada por la indiferencia.

Primero, las lluvias tormentosas en los días de los sucesivos agostos que arrastraban las tierras cereálicas del páramo, las nieves inclementes de los inviernos y los vientos, empezaron a corroer los adobes del alto palomar que se asomaba a los campos, sobrevolaba las casas y se tuteaba con la torre del campanario de la iglesia de tan alto como era. Al principio de los días de la quiebra quedó, en la luz clara de las mañanas y en la rojiza de las atardecidas, la silueta irregular de sus adobes deshechos con los huecos de los nidos al aire. A nadie pareció importarle y, desde luego, tía Angélica no lo veía. A pesar de ello, las palomas seguían habitándolo, con su costumbre madrugadora de levantar el vuelo sobre la libertad de los trigos en la primera luz y su incesante ir y venir desde las planicies hasta la perfecta simetría de los nidos. Todavía el murmullo de su zureo nos acompañó mucho tiempo, porque el derrumbe del palomar fue tan lento como inevitable, tan agónico como la muerte de la casona. El día en que definitivamente se derrumbó, con la despaciosa erosión de sus adobes y sus cimientos, un escándalo de palomas desahuciadas llegó hasta la casona, revolucionó la madrugada y llenó el aire de los corrales y de las habitaciones del suave y blanco o gris plumón de los pichones. Entre los escombros estuvieron escarbando los gatos durante nueve días y durante nueve días estuvo flotando en el espacio, como pavesas casi invisibles, la levedad de las plumas. Ningún habitante de la casa se libró de ellas e, incluso, tía Angélica acudió a la misa mayor del domingo, con el velo negro de la viudez, y dejó tras de sí, por la calle y la plaza, un suave vaivén de plumas planeadoras y blancas que se quedaban suspendidas un instante en la quietud de la luz. Hasta la iglesia llegaron, porque también el reclinatorio de terciopelo rojo estaba cubierto de la finísima capa de plumón, y rodaron, como animalillos vivaces, por encima de las piedras frías de las sepulturas de los familiares muertos.

Poco a poco, en muy pocos años, la casa fue sintiendo, como si de un ser vivo se tratara, las heridas de las grietas sobre la superficie de los adobes con que se había construido la parte superior de la casona. Los pilares y la mitad de la parte baja, edificada en piedra, se mantuvieron férreamen-

te enhiestos, pero los interiores empezaron a acusar las heridas de las lluvias por las numerosas goteras de los tejados, el recalo de balcones y ventanas, la rotura de la lucerna que daba luz a la escalera. Un ambiente de humedad se instaló en las paneras, floreció los trigos de las cosechas, impregnó de agua los pajares y las tenadas se vinieron abajo en un silencioso derrumbe. Y entonces hubo que vender los rebaños, despedir a Pedro, el pastor, y reducir el gallinero y las cuadras. La casona fue ya más solar que otra cosa. Poco a poco, la actividad fue cesando en ella y desaparecieron los aparejos de las bestias, las mantas zamoranas, los calderos de cobre de las matanzas, los bioldos, los rastrillos, los trillos, las corralizas de los chinos y las conejeras. El ruido del trabajo desapareció tan lentamente como la luz abandonó los ojos de tía Angélica y todo fue silencio en el aire envolvente de la casa, una ausencia de ruidos anunciadora de muerte.

Cuando en los últimos tiempos tía Angélica se refugió de las iras de los fríos y de la lluvia en la estufa, calentada por el fuego de la última paja de los pajares, ya había desaparecido el huerto que se contemplaba desde la ventana y que era más jardín que otra cosa. No estaban ni el lilo ni el jazminero, y los rosales, asilvestrados, se enredaban en los barrotes de la ventana, asombrando la estancia y se confundían con los pámpanos y los racimos de uva de la parra que ya nadie recogía. La higuera languideció y sólo tenía hojas en las extremidades de las ramas. La tía Angélica terminó durmiendo en la estufa, en una cama estrecha que bajó desde uno de los dormitorios. Allí murió, en una madrugada que cristalizaba en hielo por las calles, mucho antes de que la campana de la iglesia convocara a los fieles a misa pequeña, en esa hora en que el pueblo empezaba a olvidarse de la noche.

